

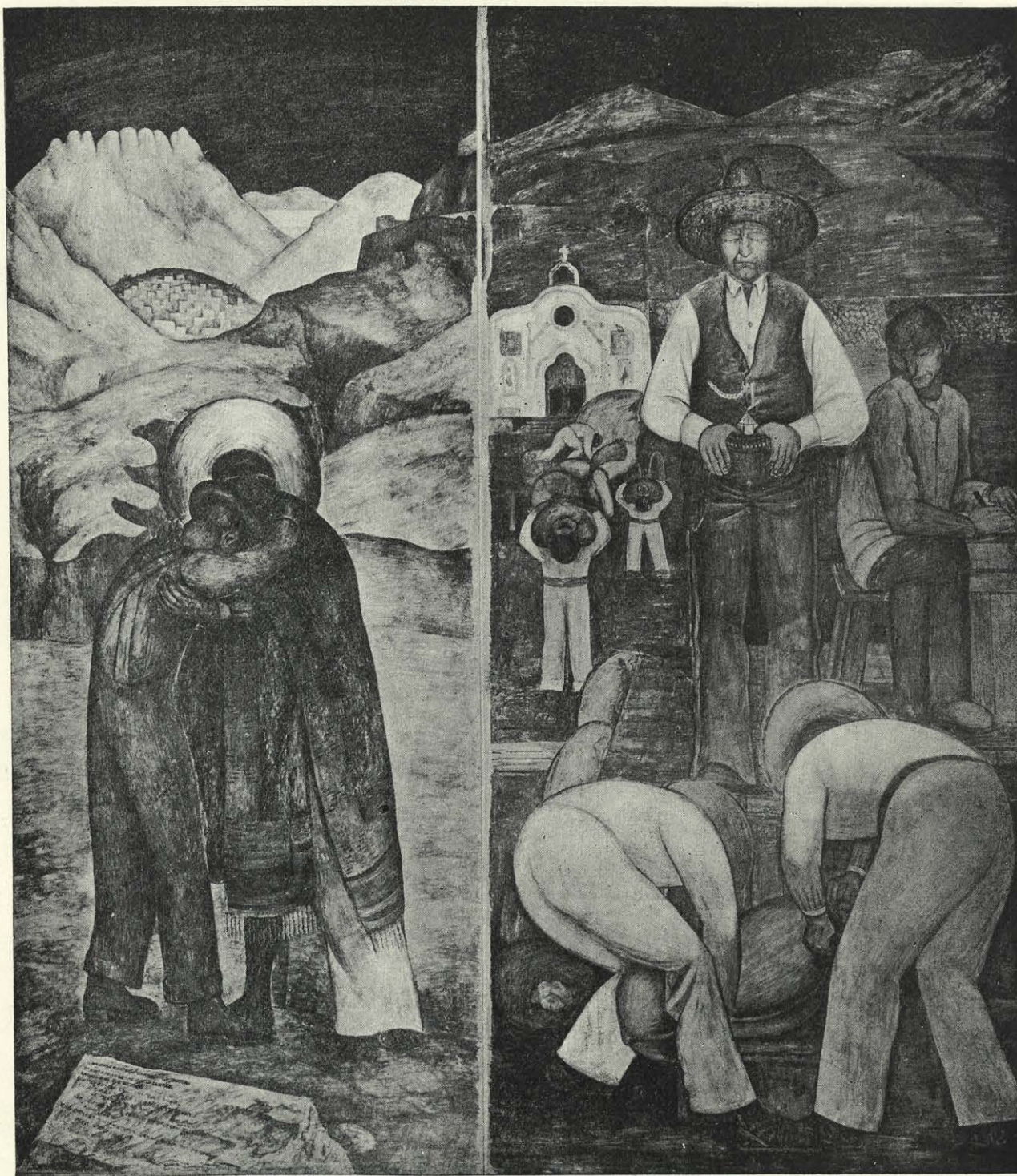
MÉJICO.—DECORACIÓN DEL ANFITEATRO DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.

Pintor, *Diego Rivera*.

EL PINTOR DIEGO RIVERA

La creación de la Secretaría de Educación Pública Federal y el llamamiento que el entonces ministro José Vasconcelos hizo a los artistas y escritores mejicanos para colaborar en la obra de reconstrucción del país, marca una época de renacimiento pictórico en México. Con el decidido apoyo del Presidente Obregón, los extensos muros de los nuevos edificios escolares, de los estadios y de las oficinas públicas, fue-

ron decorados al fresco; en las escuelas primarias se intensificó la enseñanza del dibujo conforme al sistema de Adolfo Best y se abrieron con éxito rotundo las escuelas de pintura al aire libre. El espíritu artístico del pueblo pareció que despertaba con mayor vigor después de las convulsiones políticas, pues su letargo era sólo aparente. En realidad, esperaba el momento de manifestarse con toda su plenitud y su audacia.

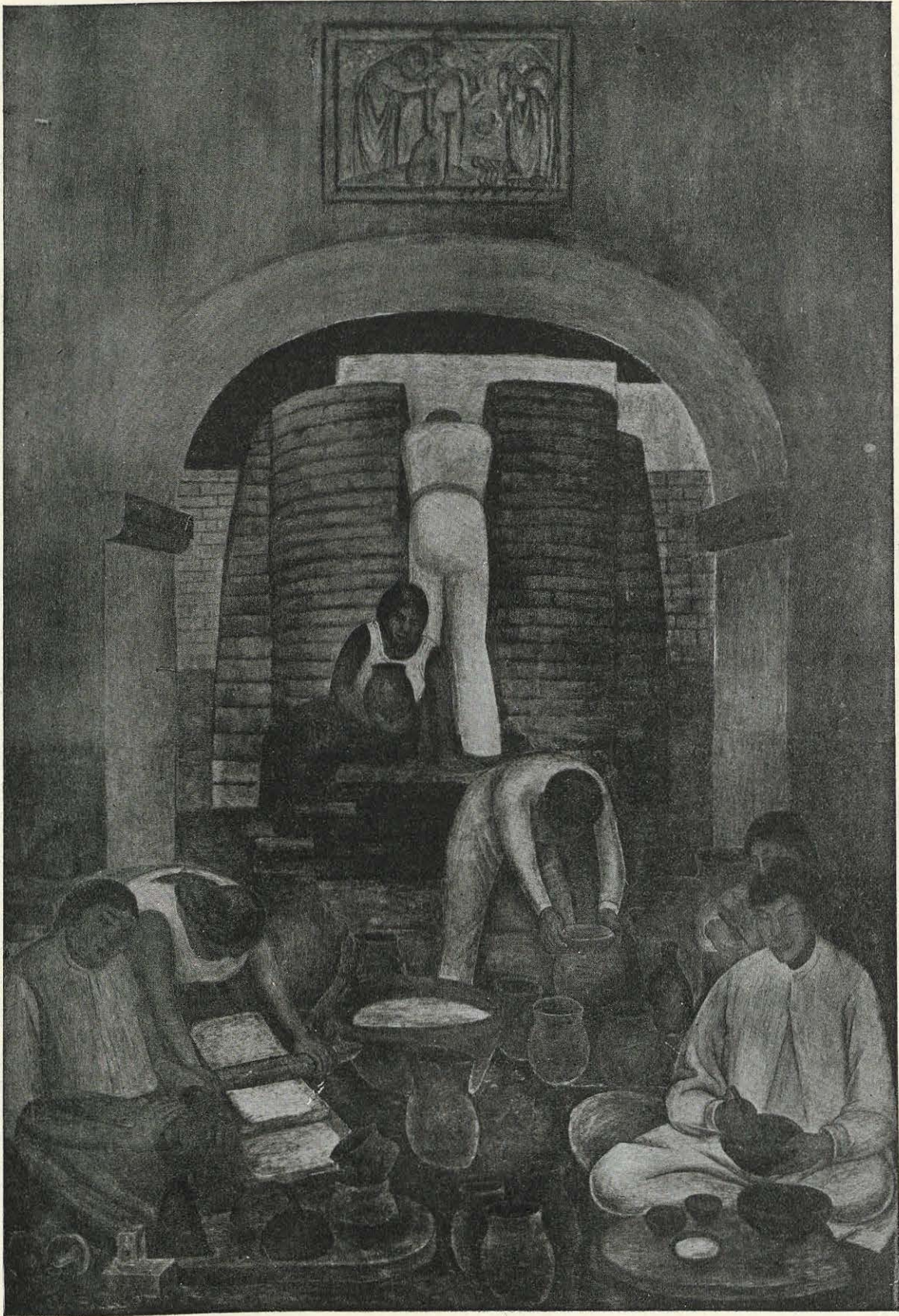


PINTURAS MURALES.

Pintor, *Diego Rivera*.

En esta época—hace ya cinco años—volvió a México Diego Rivera. Regresaba de Europa, de París, donde había pasado su juventud frecuentando los talleres de los jóvenes maestros de

moda. Su peregrinación a través de las modernas escuelas había sido larga y provechosa. Si se tratara de emprender un serio estudio sobre este pintor sería necesario investigar hasta qué punto



PINTURA MURAL.

Pintor, *Diego Rivera*.

el impresionismo, el postimpresionismo y el cubismo han influido sobre sus primeras obras; estudiar más tarde lo que de estas tendencias perdura en su labor presente, y sumar el resultado a la viviente sugestión del México revolucionario. Lo último, sobre todo, puede interesarnos particularmente, ya que, escapándose del estricto terreno de la pintura, entra en los campos de la literatura anecdótica, fáciles de recorrer para los profanos.

El regreso a la patria ha equivalido para Diego Rivera al hallazgo definitivo de su fuerte personalidad. El estudio del arte autóctono en sus viejas raíces y en sus actuales manifestaciones le ha abierto perspectivas inquietantes para todo espíritu místico, trazadas por la extraña civilización de razas casi legendarias. Como producto de esta nueva aptitud hay que mencionar sus grandes obras decorativas en la ciudad de México: el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, los patios y escaleras principales del edificio que ocupa la Secretaría de Educación Pública y la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo. La labor es enorme para realizada en unos cuantos años, y sorprende por la concepción vigorosa y sin desfallecimientos. El muro del anfiteatro de la Escuela Preparatoria, pintado con el procedimiento al encausto, no puede decirse que anuncie su obra posterior, si no es como un ensayo técnico y alegórico (pleno de color y admirable de composición) para realizaciones futuras más ricas de espíritu, más libres de forma y más llenas de intención social.

Porque en Diego Rivera hay un gran anhelo social que se manifiesta en la forma violenta de la lucha contra la vida y el arte burgués de los últimos tiempos, con un afán visible por sumarse a las nuevas manifestaciones políticas del proletariado mexicano. Los largos años de revolución en este país deben ser y han sido de provecho para las clases trabajadoras, que, al surgir con una distinta concepción de la sociedad, remueven hasta en sus cimientos las normas de la antigua vida del pueblo. Consecuencia de la política social es la agresividad combativa de las artes en México, y sobre todo, de la pintura. Diego Rivera, José Clemente Orozco y el doctor Atl son sus artistas representativos, junto a la falange

de los otros grandes pintores del momento: Roberto Montenegro, Alfredo Ramos Martínez, Adolfo Best-Maugard, Manuel Rodríguez Lozano.

Cuando se dice que la revolución mexicana ha encontrado su expresión artística en los frescos de la Secretaría de Educación Pública y de la Escuela de Chapingo, muchas veces se restringe el alcance de la obra pictórica de Diego Rivera. Es preciso advertir que, más que la representación anecdótica o alegórica de nuestras guerras civiles, es la pintura misma la que evoca la lucha social y la renovación del país. En la fuerza armónica de las masas, en la audacia y libertad de las formas, en la simplicidad del dibujo, en la naturalidad del color, en la energía, el movimiento, la aglomeración de figuras, hay algo de preciso y de directo que empuja en su violencia y se impone... o choca inevitablemente con el espectador, que es lo que el artista quiere demostrar. Hasta el paisaje, con su geometría abstrusa o su extraño desorden de selva tropical, predica un nuevo sentido de la visión libre.

Gran pintor es, sin duda, Diego Rivera. De obra multiforme y llena de ímpetu. Asombra por la fuerza y cautiva por la gracia; pero subyuga, ante todo, por la armonía. Su amplia concepción arquitectónica de la decoración mural al fresco establece un perfecto equilibrio entre las artes hermanas. Todo vivamente perseguido y profundamente logrado. El pincel edifica, esculpe, pinta, colora; y se observa un movimiento ascendente hacia el vértice, como hacia las agujas en las catedrales góticas. Las líneas forman triángulos; las masas, pirámides. El conjunto se afianza y vuela. El color deja de ser estático y, como en el disco maravilloso de Newton, gira vertiginosamente y produce la luz.

Para las juventudes artísticas del Continente americano, la obra de Diego Rivera tiene la suprema virtud de arraigarse en tradiciones indígenas—hoy vivos impulsos de raza—, de vigorizarse en las influencias europeas modernas y de tender hacia un arte humano y universal. Al ser el artista representativo de una época, crea y no se deshumaniza.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

